

su presa, es cada vez más ensordecedor: Don FÉLIX, vuelto á las viejas, concluye:

—Pero á fe que hoy por hoy, no hay más justicia, porque, sea quien sea, este hombre ha muerto.

Vuelve la espalda, disponiéndose á salir.

Cuidad de él, Maste Blas; cuidad vosotras, buenas mujeres; y si vuelven las turbas y con ellas vienen los jueces y ven un hombre muerto y os preguntan quién le dió muerte, respondiéndolo, decid que le mataron Dios y Don Félix.

.....

.....

Al pronunciar Don FÉLIX la última palabra, se ha hecho el obscuro absoluto. Entre una vaga claridad sobrenatural se ve el cuerpo de ALEPO, tendido como acaba de dejarle la espalda de Don FÉLIX; pero, á su lado, en alto, reconstruyendo exactamente el grupo del Retablo, resplandece y fulgura, la imagen del Arcángel San Miguel. Todas las otras figuras han desaparecido. Únicamente CORDALIA, hierática, vidriados los ojos, como al pronunciar su última afirmación misteriosa, está ahora en pie frente al Retablo, animado milagrosamente. Casi sin otro movimiento que el de sus labios, desde que la aparición cuaja en la sombra, dice el ARCÁNGEL:

ARCÁNGEL

Tú, que pisas las gradas de lo eterno, responde: ¿quiénes fueron tus padres?

ALEPO

Mi dolor.

CORDALIA

Mi piedad.

ARCÁNGEL

Hechura de tus padres, ¿cuándo naciste y dónde?

ALEPO

No he nacido.

ARCÁNGEL

No puedes forzar la eternidad.

ALEPO

Hice el bien una vez; un instante fuí justo; para ella tuve lágrimas.

CORDALIA

Yo recé por los dos.

ALEPO

Me he vencido á mi mismo.

ARCÁNGEL

Por ti mismo, á tu gusto:
 te faltó hacerlo, Alepo, por el amor de Dios;
 sin voluntad de cobro, sin esperar provecho,
 sin promediar tu afán,
 como la lluvia sobre los campos en barbecho,
 que ella les da sus lágrimas y ellos no rinden pan.

ALEPO

¡Quemaba tanto el llanto, que concebí esperanza!

CORDALIA

¡Perdónale, señor!

ARCÁNGEL

¿No es bastante que espere?

CORDALIA

¿La divina balanza
 que desquició un orgullo, no moverá un dolor?

ARCÁNGEL

Levantando su espada.

Torna al mundo; te ha sido tomada en cuenta, Alepo,
 la lágrima vertida; ya no ha de ser el tiempo
 de tu mal invariable cancelador perpetuo.
 No habitarás tu abismo, que habitarás la tierra;
 diluido en las almas de los hombres, espera
 la redención, que hoy pides, por el esfuerzo de ellas...
 A la unidad va el mundo, como la savia al grano;
 la Humanidad partiendo del mal originario,
 es abismo que asciende lentamente á los astros.
 Tu alma entrará en los hombres; padecerás en ellos,
 ya no el mal, el dolor serás, desde hoy, Alepo;
 y de hombre en hombre andando, de siglo en siglo, de estos
 que te han visto surgir á los futuros tiempos,
 tu alma, según se quemén las zarzas del misterio,
 transmigrará, en las almas de los hombres, al cielo.

ALEPO

¡Larga es la ruta!

ARCÁNGEL

¡Para la Eternidad, un día!

CORDALIA

Salvarle así yo quise, ¿por qué no lo podía?

ARCÁNGEL

Lo que el corazón puede no lo puede un latido, Cordalia; y ese es todo tu pecado; has querido hacer tú sola la obra que hará la Humanidad. Lo que tú haces proviene de voluntad humana, y éste, para salvarse necesitaba hermana de la suprema, eterna, divina voluntad.

CORDALIA

Señor, no es en disculpa; pero la noche oscura que le llamé, una hija me podía amparar...

ARCÁNGEL

Para ampararla, ciega, siglos ha que fulgura la sangre de Dios Hijo sobre aquel mismo altar. Tu piedad á tu crimen igualó tu deseo; premio y castigo juntos merecerás por él; cerca de ti, Cordalia, tal vez muy cerca, veo tu coágulo de acíbar y tu gota de miel. Morirás, cuando toda tu vida te sonría como trigo de siembra reciente, en la heredad.

CORDALIA

¡Morir, Señor!... ¡La muerte, para mí, es alegría!

ARCÁNGEL

Por eso Dios escoge, para tu muerte, el día en que al comienzo llegues de tu felicidad.

ALEPO

Como pueda á tu lado yo estaré, en tu agonía.

CORDALIA

Si él ha dicho, señor, que ha de ser de alegría, yo te tendré á mi lado como pueda aquel día, ó no ha dicho verdad.

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Al hacerse la luz—una espléndida luz de mañana de Setiembre—estamos en el claustro del Retablo que conocemos desde el Prólogo. Vuelve á ocupar su sitio en él la famosa imagen de Satanás que había sido robada. Hace suponer que es mañana de fiesta el gentío que bulle en el claustro decidor y alegre. Entre el gentío, Mari Sánchez, la Zambapalo, Cristobalona, Quiteria, Centena, Timoneda, Cetina, mujeres, doncellas, cuz-drilleros de la Santa, gente del pueblo, soldados, etc. Al levantarse el telón, la muchedumbre está al fondo, como aguardando que alguien entre por las puertas del claustro y en primer término, ante la misma verja del Retablo, Timoneda y Cetina, departiendo:

CETINA

¿Pero es verdad, Timoneda,
lo que me cuentan del hecho?

TIMONEDA

Verdad es, y echó por tierra
la balumba del proceso.
Prodigio ha sido de Dios,
ó prodigio del infierno.
¿Pues no estáis viendo la imagen?

CETINA

¿Y es la misma?

TIMONEDA

Podéis verlo.

CETINA

¿Y cómo?...

TIMONEDA

Aquella mañana
que recordáis del suceso
del desafío, unas viejas
—tal vez por robar el lecho
de Cordalia—penetraron,
eran tres, en su aposento.
Ni se concibe que pueda
guardarse allá tanto tiempo
nada oculto, ni da el antro
para tal empeño, trecho;
pero, en fin, ello es. Alzaron
las tres viejas el deshecho
cortinón, que está en la boca
del zaquizamí desierto...

CETINA

Decid...

TIMONEDA

Si dejáis.

CETINA

Os pido.
¿Y en el cuarto?...

TIMONEDA

Junto al lecho
del humo de tantos cirios
el medio costado negro,
como estuvo en el retablo
tantos años...

CETINA

Hablad: ¿vieron?

TIMONEDA

¿No adivináis?

CETINA

¡Acabad!

TIMONEDA

¡La imagen robada!

CETINA

¡Cielos!

TIMONEDA

Tal por tal. La misma, exacta.
Maste Blas no estaba lejos
y la examinó; la misma,
Cetina, y éste es el hecho.
Se hicieron comprobaciones,
se trajo la imagen, hemos
oído testigos, visto
las talias, hablado expertos;
y hoy finalmente, la prueba
de sitio y lugar dió efecto.
Traída al retablo, dambas
los cantos rotos uniendo,
junta á junta, astilla á astilla,
raja á raja y hueco á hueco
se unen, se encajan, ajustan

sin dejar aire por medio;
no hay duda, es la misma imagen
como esta reja es de hierro.
¿No os extraña?

CETINA

¿Pensáis vos
que no hay diferencia?

TIMONEDA

Creo
que una sola; mas tan nimia,
que nadie paróse en ello.

CETINA

¿Y es? Decid...

TIMONEDA

Hacia esta parte,
mal señalada, del pecho,
tiene ésta una mella, como
de un golpe que allá le dieron,
ó de una astilla saltada
con la punta de un acero;

mil causas, en fin, la pueden
explicar en tanto tiempo.
Forzada al hurto, Cordalia,
debió cumplirlo; mas luego
devota ó arrepentida
no pasó á mas, guardó el leño;
pecó á medias y en lo leve;
conque pesados los hechos,
los autos dan la inocencia,
los jueces fallaron recto.

CETINA

Comprendo así que los jueces
libertaran de sus hierros
á Cordalia y que Don Félix
hoy dé escrúpulos al viento
y tome á Mari Verbena
por esposa.

TIMONEDA

No es misterio
que, habiéndola codiciado
con los peores intentos,
vió en ella tanto candor,
que se le trocó su pecho.
Le deberá el de Agrellano
su salud.

CETINA

Andan comentos
por todas estas posadas
que pintan al caballero
si, como novio, rendido,
mal hallado como yerno;
quiere á Verbena y quisiera
olvidar su nacimiento.

TIMOMEDA

Pero ello, al cabo, es razón;
siendo él tan buen caballero.
Lo contrario fuera caso
para romances y cuentos;
que yerno y suegra, á las paces,
no los verán vuestros tiempos.

Ha ido creciendo la turba en el
claustro y ya invadido el primer tér-
mino, estorba la plática de los dos
caballeros.

CETINA

¡Qué gente!

TIMONEDA

Hacéos á un lado;
que está todo el claustro hirviendo.

Se pierden los dos entre el gentío;
hablan unos y otros; MASTE BLAS abre
la verja del Retablo para encender
sus cuatro cirios.

CENTENA

¡Fiesta grande!

MARI SÁNCHEZ

¡Váciase Agrellano!

UN MOZO

¡Dios te oiga, si ha de ser por las bodegas!

QUITERIA

¡Buenos puños de trigo hubo en la plaza!

ZAMBAPALO

¿Pues no llega la novia?

Miran todos á la lateral derecha.

CENTENA

El novio espera.

CRISTOBALONA

Como es razón; y le dará las arras,
bajo las mismas naves de la Iglesia;
que adentro está.

ZAMBAPALO

¿Salimos por la novia?

MOZA 1.^a

¡Salgamos!

Casi todas las mozas salen en busca
de la novia por la lateral derecha.

CETINA

Al verlo, y siguiéndolas.

Nubló el sol; ¿dónde van ellas?

Las puertas del retablo están abier-
tas; MASTE BLAS, encaramado en el
altar, acaba de encender los blandone-
nes; apoyado en la verja, Timoneda le
dice.

TIMONEDA

Pintiparada está, si no es la misma!

Y viniendo á primer término hacia
un grupo que forman algunas viejas
añade.

¿Visteis la imagen en su sitio, viejas?

MARI SÁNCHEZ

Yo sí.

QUITERIA

Yo no la he visto; que la temo.

Pero se acercan todas, á ver. MASTE
BLAS acabado su trabajo, desciende
del altar y se apoya, para hacerlo, en
el brazo de la figura.

MASTE BLÁS

Muy grave.

Perdonadme, Eminencia.

Sonríe socarrón: iba á salir, pero
todavía se vuelve para decir á la
imagen.

Y acá, si os sobran luces, el trompazo
me corresponde á mí; no os valen señas.

En este punto por la puerta de ingreso al claustro, seguidas de un cortejo de doncellas y pajes, con los colores de Agrellano, entran MARI VERBENA y CORDALIA. Se hace un silencio de admiración y respeto. MASTE BLAS dice á TIMONEDA:

La paloma allá está... ¿y el del reclamo?

TIMONEDA

Dirigiéndose al templo.

¡Voy adentro por él!

MASTE BLAS

Que pronto venga.

Se hacen grupos, á cierta distancia de MARI VERBENA y CORDALIA, que llegando á primer término hacen un alto, como para despedirse, antes del gran momento.

VERBENA

A su madre, con dulcísima voz:

¿Ves cómo todo, al cabo, tiene su fin?

CORDALIA

María:

que no más de otro modo te llamaré, hija mía; todo tiene su fin, es cierto, hasta el dolor; pues me duele que acabe porque aún me queda amor para hacerte, como antes, en un rincón sin techo, de juncias y de flores la almohada de tu lecho. Creo que nada valgo, desde que no hay espinas que arrancar, en la senda por donde tú caminas. Una madre, ya ves, una madre es de modo que en la alegría es mucho; en el dolor lo es todo.

VERBENA

Perdóname; no quiero que entiendas, madre mía, que en ti no pienso, cuando más pienso en mi alegría. Yo estoy contenta, madre, de darte en mis amores por cada espina que antes me has evitado, flores; tú, hasta ayer, en las lágrimas de nuestra vida estrecha me diste la semilla; yo te doy la cosecha. Y si tú en el pasado cuidaste la heredad, yo te hago el primer día de tu felicidad.

CORDALIA

Con una idea súbita cambiando de tono.

De mi felicidad hoy es el primer día,
¡el único! el primero, dices verdad, María...

VERBENA

Pues ya ves que esta mano, perdónale su orgullo, que, hasta ayer, con tus lágrimas regabas en capullo, hoy es la rosa abierta de tu satisfacción.

CORDALIA

Siempre con la misma idea, cogiendo entre sus manos la de su hija.

¡Qué dulce mano, para parar un corazón, para juntar mis labios, para cerrar mis ojos!...

VERBENA

¿Madre, qué dices?

CORDALIA

Pienso que algún día, de hinojos, tú á mi lado, amor mío, yo en mi lecho tendida, sin remedio, sin tregua, se acabará mi vida...

VERBENA

¡Madre!

CORDALIA

Ya ves... y pienso, cuando ese día llegue, que sería un dolor, un dolor sobrehumano, no poder en mis ojos colocar esta mano para que la Divina Claridad no me ciegue.

VERBENA

¿Quién piensa en ello, madre, si hoy todo es alegría?
¿No eres dichosa, dime?

CORDALIA

Pues por eso, María.

Se abrazan. CORDALIA besa á su hija con un dolor y una emoción que tienen mucho de presentimiento. Para venir al encuentro de la novia, Don FÉLIX y todo su cortejo, por la puerta de la Iglesia, salen al claustro. TIMONEDA, ceremonioso y cortés, se adelanta hacia las dos mujeres; Don FÉLIX y su cortejo se hacen á un lado.

TIMONEDA

A MARI VERBENA.

Quieren don Félix y mi buena estrella que mi mano os conduzca, en este día:

¡plegue al Cielo, María,
que la felicidad os dé con ella...

Y dándole su mano, la novia y TIMONEDA, entre un gran silencio penetran en la iglesia. Don FÉLIX y su cortejo se inclinan, dejando paso. CORDALIA va á seguir á su hija. Don FÉLIX le sale al encuentro, diciendo:

DON FÉLIX

Verbena fué quien os salvó; yo he dado
cumplimiento, señora, á su mandado;
que como es tal la flor, no tomé en cuenta
que haya en sus hojas, rastros de tormenta.
Pero si yo quiero olvidar ahora
de Verbena el pasado,
vos ayudadme—y perdonad, señora—,
no haciendo ante el altar sombra á su lado.

CORDALIA

Con melancollá dulcísima y sincera.

Perdonad vos, don Félix de Agrellano.
Me aseguráis la flor en vuestra mano;
pues no temáis... Soy sombra, y vendrá el día;
dolor... ¡y pasará con la alegría!...
Por lo mismo, señor, este momento
que ha de ser para todos de contento,
no lo voy á turbar.—Está dolido

mi corazón; no quiero
que lo parta, en un último latido,
la excesiva alegría, y aquí espero.

Desiste CORDALIA de entrar en la iglesia. Todo el cortejo, con Don FÉLIX al frente, va entrando. Un siniestro MENDIGO, que anda entre el gentío, importuna á unos y otros, hasta que se cierra la puerta de la iglesia.

CRISTORALONA

Al MENDIGO, que no la deja andar
airada.

¿Ya olvida que le dí?

MENDIGO

¡Sí que lo olvido;
y cuando pido sé por lo que pido!

ZAMBAPALO

¿Va á disputar con él?

CRISTOBALONA

¡Quita la calma!

ZAMBAPALO

¡Ese tiene los diablos en el alma!

Y salieron y quedaron solos en el claustro CORDALIA y el Mendigo.

CORDALIA

Contemplando al Mendigo con una profundidad de toda la vida en su mirada.

"Entrarás en el alma de los hombres" ...
 ¿Quién era el que así hablaba?
 "Me tendrás á tu lado en tu agonía" ...
 ¿De qué boca recuerdo estas palabras?
 ¡La visión! ¿Aún es Él?... ¡Perdón, Dios mío!

Sin dejar de mirar al viejo. El Mendigo va á salir sin verla.

Ya no es Él...

Como impulsado de una fuerza extraña, el Mendigo se vuelve atrás, va hacia CORDALIA, y con una voz dulce que contrasta con la anterior, dice:

MENDIGO

¡Dios os dé la paz, Cordalia!

CORDALIA

¿Me recordáis, buen hombre?

MENDIGO

De otros tiempos;
 cuando también venfais á estas gradas á pedir la limosna; hemos partido, cuando el hambre apretaba, más de una vez el pan...

CORDALIA

Yo no os recuerdo.

MENDIGO

¿No estorbo?... agrióme el genio la desgracia, y á veces soy feroz; dicen que tengo el diablo en el alma; es un decir; pero le voy domando...

CORDALIA

Con piedad... con dulzura...

MENDIGO

Se queda mirando á CORDALIA y dice con voz de sollozos.

¡Sí, Cordalial,
Y á veces, como ahora, sin motivo
¿veis? me saltan las lágrimas,
¡es para blasfemar!

CORDALIA

¿Calláis, buen hombre?

MENDIGO

¿Qué os decia?, ¿lo veis?... es mi desgracia:
se me van las ideas.

CORDALIA

¿Sufrís mucho?

¿queréis algo?

MENDIGO

La voz de antes.

¡De vos no quiero nada!

Va á salir: duda otra vez y vuelve.

Sí quiero... en el momento en que allá cambien
ante el altar las arras,

cuando echen de las torres
á vuelo las campanas,
como vuestra alegría
será tan grande, y no os cabrá en el alma,
no os olvidéis de mí... ¡por los pedazos
de pan, que hemos partido en estas gradas!

CORDALIA

Dándole su mano, que el mendigo
besa codiciosamente.

Buen hombre, yo os lo fío.

MENDIGO

—¿Sufrís del corazón?, se os ve en la cara.
¡Cuidadlo en la alegría; que un latido
puede partirlo, si su fuerza es tanta!

CORDALIA

¿Os vais?

MENDIGO

Y de camino... y para tiempo...
¡la desventura es larga!

Se va, arrastrando los pies lentamente. Junto á la puerta, queda oculto tras un pilar acechando los pasos de CORDALIA.

CORDALIA

Observándole.

¿Aún es El?... ¿ya no es El?... ¿le habrán servido de algo mis lágrimas?

CETINA

Abriendo la puerta de la iglesia.

¡Dama Cordalia, es el momento! ¡Pronto!

CORDALIA

Olvidándolo todo y con un grito, queriendo correr.

¡Voy!

Y da un paso y rompen á vuelo todas las campanas, y llegando á la verja del retablo, se apoya en ella para decir:

¡Dios mío!... ¿qué es esto?... ¿qué me pasa?

MENDIGO

Furioso: acudiendo á ella y gritando con voz dura.

¡No, morir no, Cordalia! ¡niega, niega la mano vengativa que te alcanza!

Paran las campanas y en el súbito silencio, CORDALIA á quien el Mendigo recoge en sus brazos, vuelto á Dios el rostro beatífico, dice con una voz de paraíso.

CORDALIA

¡Yo te bendigo, Dios!... En un solo día, felicidad, castigo, perdón... ¡gracias! Compadeced al que está en vos, buen hombre.

Una pausa; sobreviene el aneurisma; muere; el mendigo, al dejarla tendida sobre las gradas, dice:

MENDIGO

¡Se paró el corazón... y vuela el alma!

Y quitándose el chambergo; pero con ira sorda.

¡Todo acabóse!... ya no es mía... nunca!

Una pausa.

¡Tiene cara de santa!

Y como nunca estrepitosas suenan todas las campanas de San Miguel de Agrellano.

TELÓN